

«San Francisco Javier en 1531»

Saúl Alija Morán, 2022

Un gran misionero que, junto a otros compañeros, serán embrión de la Compañía de Jesús.

Esta obra, junto con la de San Ignacio, es plásticamente más libre, no se centra tanto en la figuración como en el significado. Vemos la clara influencia *el Madrileño* de Iván Floro (@van\_vuu) con la que el artista asemeja ambas personalidades. El fondo oscuro y los drásticos brochazos en tonos rojos y blancos aportan dramatismo a la obra y sin embargo, contrasta con la palabra que se puede entrever en el fondo «Vida».

San Francisco Javier tenía aspiraciones de hacer carrera en el mundo con sus estudios en la Sorbona, sin embargo, la estrecha amistad con San Ignacio, le llevo a una verdadera conversión. Es famosa la reflexión que le hace sobre la vida que estaba llevando: «¿De qué te sirve ganar el mundo si al final pierdes tu alma?». Así, el huevo que sujeta el santo, representa la Eucaristía. Una vida que se dona y entra en el interior del que participa de ella, que rompe con lo externo para dejar paso al alma. Una vida entregada.

«San Ignacio de Loyola en 1522»

Saúl Alija Morán, 2022

Un caballero con la cruz en el pecho. Un guiño innegable a “El caballero con la mano en el pecho” de El Greco que puede verse en el @museoprado y que pretende llegar más allá. Este soldado deja su lucha para afrontar un nuevo combate, más sacrificado y menos sangriento. Más profundo y menos ruidoso. Aparta la lanza, que se encuentra en el fondo de la obra, para agarrar la cruz, en primer plano. El mismo combate de la fe que el apóstol San Pablo lucha: «Ad maiorem Dei gloriam», «Para mayor gloria de Dios», divisa de la Compañía de Jesús que puede leerse en la lanza.